

REPÚBLICA DEL PARAGUAY

Intervención del Presidente de la República

Santiago Peña

81.ª Asamblea General de las Naciones Unidas — Nueva York

Señor Presidente de la Asamblea General,

Distinguidos Jefes de Estado y de Gobierno,

Estimados Ministros,

Damas y caballeros:

1. La gente no quiere declaraciones. Quiere soluciones.

El lema de esta Asamblea nos interpela: “restaurar la confianza, gestionar la transformación y lograr que las Naciones Unidas cumplan para todos”.

Es un buen lema y lo suscribo entusiasta.

Pero seamos sinceros queridos amigos: la gente ya no quiere lemas.

Nuestra gente quiere soluciones para sus problemas.

Por ello, no vengo a esta tribuna a recitar frases hermosas, llenas de palabras rimbombantes, que no redunden en beneficio de nuestros ciudadanos.

Vengo a hablar de problemas concretos. Y plantear soluciones.

Y vengo a hablar en nombre de un país que se levantó de la guerra más desgarradora del hemisferio occidental — la Guerra de la Triple Alianza — que enlutó nada menos que a cuatro países hermanos. Un país que hoy es uno de los que más crece en el mundo.

El aporte del Paraguay no es una teoría: es una experiencia.

Los hechos nos enseñan que la guerra es abominable, que la paz es el único objetivo, y que tenemos que dejar de mirar y hablar, y empezar a actuar.

Y el Paraguay llega al concierto de las naciones con una convicción que no negocia: **la dignidad de la persona humana debe estar en el centro de cada decisión.**

Por eso defendemos la libertad, la democracia, la soberanía de los Estados, el respeto de los derechos humanos y la solución pacífica de las controversias.

Por eso reivindicamos la vida humana desde su concepción y reconocemos a la familia como núcleo fundamental de nuestra sociedad.

Porque donde la dignidad humana se olvida, la humanidad misma desaparece.

La dignidad humana, desde la concepción hasta el fin de la vida, es el fundamento de nuestra presencia en esta tierra.

Hay una distancia cada vez más visible entre los compromisos que asumimos y los resultados que logramos.

Cuando esa distancia se agranda, la confianza se debilita. La gente ya no nos cree.

Y esa confianza no se recupera con meras declaraciones o slogans.

Se recupera enfrentando los problemas sin temor, y proponiendo soluciones, ofreciendo resultados.

2. Empiezo por mi vecindario: Venezuela

El primer problema del que quiero hablarles aquí es uno que está en mi vecindario.

Todos lo conocen: se llama Venezuela.

Antes de venir a Nueva York, visité Caracas, a pesar de que el Paraguay y Venezuela tienen sus relaciones diplomáticas interrumpidas.

Por eso mi decisión de visitar el país caribeño sorprendió a no pocos, y muchas personas me han cuestionado — incluso duramente — esa decisión.

Aprovecho entonces este escenario para decirlo alto y fuerte, con toda claridad: no fui a Venezuela a validar un régimen, no fui a validar absolutamente nada.

No señores: más bien, todo lo contrario.

Paraguay ama la democracia, y cree que el pueblo venezolano merece — también — la democracia.

La razón por la cual fui a Venezuela es porque durante 25 años los líderes sudamericanos se pasaron lanzando lindas palabras líricas, declaraciones estruendosas, lemas y slogans sobre Venezuela.

Fueron 25 años de mirar, esperar y condenar — desde la cómoda distancia — pero sin hacer nada por el pueblo venezolano. Se Miró. Se Habló. Pero no se actuó.

No hicimos nada.

Y mientras tanto nuestros hermanos venezolanos sufrían.

Por eso fui a Venezuela hace unos días, para dar un segundo paso, luego del primer —difícil pero muy importante paso— de la caída del dictador Maduro.

Porque Paraguay puede ser útil para ese segundo paso: el paso de Venezuela hacia una transición democrática y pluralista.

Hoy Venezuela atraviesa una nueva realidad. La defensa de nuestros valores no puede significar indiferencia frente a esa realidad.

Por eso Paraguay ha abierto un canal de diálogo con las autoridades venezolanas y ya está trabajando, con acciones, por una Venezuela donde el poder radique en su único soberano: el pueblo.

Dialogar no es renunciar a los principios ni olvidar el pasado. Es tener la valentía de mirar hacia adelante y actuar. No podemos esperar que los Estados Unidos o alguna potencia del norte resuelvan nuestros problemas: tenemos que hacerlo nosotros mismos.

Yo quiero para Venezuela lo que mi país logró después de treinta y cinco años de dictadura en 1989: una transición democrática real.

No quiero una foto. No quiero un comunicado.

Quiero, queremos, una transición.

Una transición con instituciones, con seguridad, con economía y con un pueblo otra vez integrado a la comunidad internacional y en nuestro caso integrado al Mercosur.

El liderazgo del Paraguay no confunde el diálogo con la indiferencia. Hablar es una forma de acompañar al pueblo venezolano. Es también una forma de combatir juntos el crimen transnacional que no respeta fronteras y que lastima a toda la región.

Hoy pido a todos mis hermanos latinoamericanos, pero también a estas Naciones Unidas: unámonos para ayudar a que Venezuela, ese país tan bello, vuelva a insertarse al mundo y tenga un gobierno democrático y respetuoso de los derechos humanos.

Al decir, del poeta latino Publio, **“hombre soy, nada humano nos puede ser ajeno”**: el sufrimiento del pueblo venezolano es el sufrimiento del pueblo paraguayo, es el sufrimiento de todos.

Y lo que vale para Venezuela vale quizá con más fuerza para Nicaragua, para Cuba y para Haití, países que han vivido demasiado tiempo en la oscuridad del autoritarismo, de la violencia, de la tristeza.

Traigamos luz a esos pueblos hermanos.

Porque donde hay elecciones libres, hay esperanza.

Pero no tenemos que quedarnos en el discurso: tenemos que actuar.

Hagámoslo, juntos.

3. Medio Oriente, Ormuz e Israel

Desde luego, no solo mi región tiene problemas.

Los problemas en el mundo están por todas partes.

El Paraguay observa con profunda preocupación lo que ocurre en el Golfo Pérsico.

Cuando el estrecho de Ormuz se cierra, el precio no lo pagan las potencias o los más ricos. Lo pagan los más desprotegidos: los ciudadanos más vulnerables.

La seguridad alimentaria y energética de millones de personas depende de que ese paso siga abierto.

Por eso hoy hago un ferviente llamado al cese inmediato de los ataques, a la plena apertura y libre navegación de Ormuz y de Bab el – Mandeb, y al retorno a las negociaciones.

La dignidad humana, queridos amigos, no cambia porque cambiamos de continente: siempre es la misma.

Y es esa dignidad humana la que debe guiar no solo nuestros discursos, sino nuestros actos.

4. El estrecho que viene: Taiwán y los microchips

Ormuz es el problema que nos interpela hoy.

Pero quiero decirles aquí que mañana el problema puede ser mucho peor – muchísimo peor –.

Me refiero a las sombras ominosas que se están gestando en el indo pacífico, y particularmente en el estrecho de Taiwán.

Lo que ocurra allí no es un mero asunto regional. No señor. Afecta a Japón, a toda Asia oriental y sudoriental, y – sobre todo – a la economía mundial.

Afecta a los microchips que mueven la industria, la defensa y la inteligencia artificial.

Quien finja que eso es “lejos”, o está demasiado distante, simplemente no ha entendido el siglo XXI.

Si el petróleo fue el combustible del siglo veinte, los microchips son el combustible del siglo veintiuno.

No es poco lo que está en juego en ese conflicto potencial: está en juego el futuro mismo de la humanidad.

Quiero decirles que, ante este problema, el Paraguay no es neutral.

El Paraguay está — lo digo alto y claro — con Taiwán. Y no lo está por conveniencia, sino todo lo contrario: **lo está por los valores profundos que compartimos. La democracia, el imperio de la ley, los derechos humanos y la paz.**

70 años de relaciones diplomáticas ininterrumpidas no es un mero número, o un mero cálculo de ocasión: es un homenaje a la amistad verdadera entre nuestros pueblos.

Por eso reafirmo hoy aquí el apoyo a la participación plena y significativa de la República de China (Taiwán) en las Naciones Unidas y en sus organismos especializados. Taiwán tiene contribuciones concretas que hacer a la paz, al desarrollo y a los derechos humanos. Excluirlo no fortalece al sistema: lo priva de capacidades que pueden beneficiar a todos.

Y es una mancha para estas Naciones Unidas.

Pero el problema, no se engañen, no es solo Taiwán.

Lo que se está gestando ahí, en esa zona, es demasiado peligroso para todos.

Amigos:

No nos quedemos en las palabras, los slogans: vayamos a la acción concreta.

Les aseguro que, en esa mesa de negociación, de paz, de concordia, encontrarán al Paraguay en primera fila, listo para ayudar.

5. Naciones Unidas... ¿para quién? El Consejo que ya no alcanza

Pero los problemas del mundo no terminan en una sola región o lugar: van al corazón mismo del sistema internacional.

Las Naciones Unidas, no voy a ser el primero ni el último en decirlo, necesita una renovación, un nuevo empuje.

El bello lema de esta Asamblea nos propone unas “Naciones Unidas para todos”.

Bello lema, sin dudas.

Pero me temo que no es suficiente.

Por eso les pregunto hoy, con respeto, pero firmeza: ¿cómo vamos a tener Naciones Unidas “para todos” si la dirige un Consejo de Seguridad de “unos pocos”?

Para peor, se trata de un Consejo diseñado hace ochenta años, para otra época, para otros escenarios, para otras situaciones, y que demuestra con harta frecuencia que simplemente no sirve a los problemas de hoy.

Ese diseño original, hijo de su época, ha tenido muchos logros. Sin dudas. Y hoy los reconozco y celebro. Todos debemos hacerlo.

No obstante, como diría el gran Premio Nobel de Literatura, Bob Dylan: “*things have changed*”.

Y la Organización, queridos amigos, también tiene que cambiar.

Distintos problemas, ameritan distintas soluciones.

De lo contrario, esta hermosa idea, la de las Naciones Unidas, se verá simplemente superada y limitada a ser un escenario de lindos discursos, y pocos hechos para la gente.

Hay quienes concluyen por todo esto que el multilateralismo ha fracasado.

El Paraguay llega a otra conclusión: las Naciones Unidas siguen siendo indispensables. Es el único sistema que permite coexistir a todos los países del mundo. Pero deben ser más eficaces en prevenir conflictos, proteger a las personas y hacer respetar las normas que los propios Estados hemos acordado.

Nuestra vocación de paz se resume en la frase de un ilustre paraguayo, Manuel Gondra: «No pudiendo hacer que el justo sea siempre fuerte, debemos empeñarnos porque el fuerte sea siempre justo».

El Paraguay quiere asumir mayores responsabilidades en este sistema.

Pero este sistema, tal como está, no funciona.

Por eso creemos que la elección del próximo Secretario General será una decisión fundamental. Ha llegado el momento de que ese liderazgo corresponda a América Latina y el Caribe. Nuestra región tiene vocación de paz, de diálogo y de multilateralismo, y cuenta con candidatos capaces de asumir esa responsabilidad.

Necesitamos un Secretario General que recupere el liderazgo político de la Organización, que fortalezca la diplomacia preventiva, que actúe antes de que las crisis se vuelvan irreversibles y que escuche a los Estados y a los pueblos a los que sirve.

El Consejo de Seguridad, en suma, debe dejar de ser una fotografía del mundo de 1945.

Debe escuchar más a esta Asamblea y no paralizarse cuando la paz está amenazada.

Necesitamos unas Naciones Unidas para el 2026, o el 2050, no para 1945. Para así poder, verdaderamente, cumplir con todos.

6. Un enorme desafío: la IA

Esta Asamblea nos pide también gestionar la transformación. No hace falta decir aquí cuál es la gran transformación de nuestro tiempo. Toda gran era de la humanidad ha tenido su fuerza motriz. El vapor impulsó la revolución industrial. El transistor impulsó la era digital. Ninguna fuerza de nuestra época es tan profunda como la inteligencia artificial.

Ya muestra su poder en la guerra, en la economía y en la vida cotidiana. A diferencia de las herramientas que solo transmitían lo que decíamos, estos sistemas participan en lo que decidimos.

El potencial es inmenso. El Paraguay alimenta hoy a cien millones de personas; con esta herramienta podría alimentar a mil millones. Puede acortar en años distancias que tomaron generaciones. Esta transformación ya no puede ser detenida, y nadie debería quedar excluido de ella.

No somos ciegos a los riesgos; pero el miedo no nos puede guiar.

Como un niño, la inteligencia artificial repite lo que aprendió de quien la entrenó.

Si aprendió a negar la libertad, esa lección no llegará como una ley que podamos debatir. Llegará encubierta, en la tarea menor, en el gesto que nadie considera una decisión. La democracia se sostiene mientras las decisiones que nos gobiernan puedan rastrearse hasta la voluntad de quienes las padecen. Cuando ese hilo se corta, la voluntad popular corre el riesgo de ser reemplazada sin ser derrotada.

Proteger ese hilo no significa renunciar a los beneficios. Significa no ignorar el riesgo que importa. La inteligencia artificial debe servir a la dignidad humana y no reemplazarla, como recuerda la reciente encíclica Magnifica Humanitas del Santo Padre. Los valores que estos sistemas llevan no son un límite técnico. Son una decisión de quien los entrena. Y el futuro nos demanda que esa decisión sea la libertad, la democracia y la igualdad ante la ley, y que quien la tome responda por ella.

7. Un mensaje de optimismo, no de resignación

Parecería que hasta aquí solo he hablado de un sinfín de problemas y desafíos. Que es un discurso pesimista.

No, queridos amigos, para nada.

Simplemente, estoy convencido que la única forma de cambiar la realidad, de tener un mundo mejor, es en primer lugar asumir la realidad. Enfrentar a los problemas.

No esconderlos bajo la alfombra, bajo los discursos.

Por eso vengo también a dar un mensaje de optimismo.

Las cosas pueden cambiar, el mundo puede ser mejor, la paz no es una quimera: es una posibilidad real.

Y mi país puede hablar de ello, porque sabe muy bien la dura realidad de la frase de Erasmo de Rotterdam: “la guerra es dulce solo para aquellos que nunca la vivieron”.

El Paraguay la vivió, demasiado dolorosamente, en carne propia. Sabemos qué ocurre cuando el multilateralismo no funciona: la gente muere. La tierra se tiñe de sangre.

El precio se paga no solo hoy, sino en generaciones.

Por eso mi país sabe que el multilateralismo, el diálogo, son la única alternativa.

Hoy vengo a defender aquí con firmeza todas estas ideas, para que se conviertan en realidad.

El extremismo en la defensa del multilateralismo no es un vicio, sino una virtud.

Seamos extremistas queridos amigos en la defensa del multilateralismo, de la concordia, de la paz.

Así como el Paraguay se levantó de una cruenta guerra, el mundo puede hacerlo.

Ese Paraguay que fue, después de la hecatombe militar, un verdadero “cementerio a cielo abierto”, hoy vive otra realidad.

El Paraguay se ha levantado, y está listo para tomar su lugar en el mundo.

Nos levantamos con esfuerzo, con apertura al mundo y con la terquedad de un pueblo que no eligió su geografía, pero sí eligió su destino.

Hoy el Paraguay vive uno de los mejores momentos económicos de su historia —de hecho, el mejor—y se ha convertido en un ejemplo para otros países en estabilidad macroeconómica, crecimiento sostenido y lucha contra la pobreza.

Fruto de ello, en diciembre de 2025, Standard & Poor's nos otorgó la segunda calificación de grado de inversión, el primer país en alcanzar dicha distinción en más de una década.

En el último trimestre de ese año, la desocupación cayó al 3,6 por ciento, el nivel más bajo de nuestros registros.

El crecimiento solo importa si se siente en los hogares: el empleo digno es una de las mejores políticas sociales que puede ofrecer un Estado.

No solo eso, el Paraguay ha reducido la pobreza a números nunca antes vistos: en menos de veinte años, hemos bajado del 58% de pobreza, al 16%, haciéndolo más rápido que todos los países de la región

Porque la gente importa.

Además, el futuro es brillante, no solo porque nuestra matriz eléctrica es abundante, estable y cien por ciento renovable, sino porque nuestra región posee tierra, energía, minerales críticos y —lo más importante— su maravilloso pueblo.

8. Cierre: Paraguay elige su destino

Señor Presidente:

Al llegar al final de esta intervención, quiero volver a la idea con la que comencé.

La gente ya no quiere solamente lemas.

Quiere soluciones para sus problemas.

Y, sobre todo, quiere paz.

Quiere libertad, seguridad, democracia, prosperidad y oportunidades para sus hijos.

Y nosotros, quienes tenemos la responsabilidad de conducir nuestros países, debemos estar a la altura de esas expectativas.

El Paraguay sabe que el camino es muy difícil, pero no imposible.

Creemos que es posible construir un mundo en el que la cooperación produzca resultados.

En el que la democracia no sea una promesa vacía.

En el que la tecnología esté al servicio de la humanidad.

En el que el desarrollo alcance a quienes más lo necesitan.

Y creemos que el Paraguay tiene mucho que aportar a ese futuro.

Somos un país que no eligió su geografía, pero sí eligió su destino.

Un país que enfrentó la adversidad y decidió levantarse.

Un país que tiene energía, recursos, talento y, sobre todo, una voluntad inquebrantable de progresar.

Somos un país que dejó de preguntarse qué nos falta para empezar a preguntarse hasta dónde podemos llegar.

Ese es el Paraguay gigante.

El Paraguay que se integra al mundo, que abre sus puertas a las oportunidades, que defiende su soberanía, que apuesta por la paz, la libertad y la democracia y que quiere crecer sin dejar a nadie atrás.

Y ese Paraguay tiene un mensaje para el mundo:

Venimos a demostrar lo que somos capaces de hacer.

Hoy volvemos a elegir el diálogo frente a la confrontación.

La cooperación frente al aislamiento.

La democracia frente al autoritarismo.

La paz frente a la guerra.

Y el desarrollo frente a la resignación.

Las Naciones Unidas no recuperarán la confianza porque lo declaremos en esta sala.

Debemos ser firmes e inequívocos en la defensa del multilateralismo, de la democracia, de la paz y, sobre todo, de la dignidad humana.

Y ante esta Asamblea, quiero decirlo con absoluta claridad:

Paraguay está dispuesto a hacer su parte.

Porque nuestra historia nos enseñó a resistir y nuestro futuro nos convoca a construir.

Más allá de las palabras, están las acciones.

Queridos hermanos de todo el mundo:

Cierro estas palabras con un pedido, con una exhortación, casi una plegaria.

“Seamos extremistas en la defensa del multilateralismo, de la democracia, de la paz, y, sobre todo, de la dignidad humana”.

Solo así las generaciones venideras podrán mirar hacia atrás y decir que cumplimos con nuestra misión, que restauramos la confianza en la humanidad, que gestionamos la transformación para mejor, con unas Naciones Unidas que cumple para todos.

Muchas gracias.